

clamaciones impertinentes de algun majadero, ya en fin, representando sobre cualquier friolerilla que se quedó tal, por mas que con intencion de agrandarla, soplara en ella el inteligente ministro.

Pero, como su mas virulenta nota fué contestada con dignidad y energía por nuestro Gobierno, como éste sin amedrentarse por tener en frente al ejército invasor no se inclinó para nada ante Mr. Wagner, como por último, México ha demostrado en estos últimos tiempos, por ejemplo en Mayo de este año, que está decidido á ver cara á cara á los que esperaban que iba á caer aterrado; el ministro de Prusia se ha contentado con hacer el elogio de los traidores, con ser el confidente de sus maquinaciones, y con enviar oficiosamente á Francia notas horrendas en las que calumnia villanamente al Gobierno mexicano, y en las que hace traslucir, como dijimos, su mezquina pretension de atraer sobre su figura, hoy perdida entre las sombras de lo desconocido, las miradas de la Europa entera, fijas en la cuestion mexicana.

Así, hemos visto en periódicos extranjeros de bastante autoridad: que el agente prusiano no ha temido asegurar oficialmente, en sus informes, que la idea de una monarquía encontraba adeptos en la mejor sociedad de México, y que la intervencion francesa era acogida con entusiasmo.

Pero todavía hay algo mas grave, mas inicuo. Vemos en los últimos diarios llegados de Francia por el paquete, en los oficiales como el *Monitor*, que el ministro Billault contestando al elocuente Jules Favre, en la sesion del cuerpo legislativo del 26 de Junio, ha asegurado: que el ministro de una potencia amiga que presta un apoyo benévolo á los franceses en México, ha informado al Gobierno imperial, con frecuencia, acerca de nuevos crímenes cometi-

dos por el Gobierno mexicano contra los extranjeros, añadiendo que los gobernantes de nuestro país habian dejado á un lado todo pudor y todo miramiento.

Este ministro, no es otro que Mr. Wagner.

Semejante calumnia es atroz en alto grado, porque á ser ciertos los hechos que supone, ellos solos justificarian la deslealtad de los comisarios franceses, la ruptura inopinada de las negociaciones y la resistencia de los gefes invasores para retirarse á Paso-Ancho, segun los convenios de la Soledad.

Y adviértase, que precisamente con ese objeto adujo Mr. Billault, el testimonio del enviado prusiano, pues tratábase de quitar de la frente del Gobierno francés esa negra mancha de villanía y de perfidia que los hombres honrados de la Francia ven con indignacion y con vergüenza, y que un diputado generoso se atrevió á señalar, en presencia de toda la Europa y en nombre del pueblo francés, porque ciertamente, ese pueblo no debe ser responsable de las infamias que cometen sus tiranos.

Ahora bien: supuesto que Mr. Wagner es quien ha facilitado esa arma vil, nos toca á nosotros interrogarle en alta voz, en nombre del honor nacional herido por él, provocarle á que justifique aquí sus asertos ó desmentirle á la faz del mundo, y abandonar al fallo que sobre su conducta innoble, pronuncien los pueblos civilizados.

Que diga de dónde, y por qué ha inferido que el pueblo mexicano acoge con placer la idea de una monarquía y la intervencion francesa? Quién se lo ha dicho? ¿Qué acontecimiento se lo ha demostrado? Qué oráculo popular consultado por él, le ha hecho semejante revelacion?

¿Conoce Mr. Wagner de algun modo la ciencia política? Pues entonces, debe saber cuáles son en

todas las naciones, los órganos verdaderos de la opinión pública. Y no es por cierto en la charla de un *té íntimo*, ni en un almuerzo, ni en las conversaciones apasionadas de un agiotista extranjero, ni en la miserable impaciencia de un traidor cobarde, donde se van á estudiar los deseos de una nación, ni las opiniones sanas de una sociedad.

¿A qué congreso desconocido asistiera Mr. Wagner, que tan convencido se muestra? Qué Estado, qué población, qué villorio siquiera que no esté bajo la presión de las bayonetas francesas, ha pedido un monarca ó alargado sus brazos á los invasores? En qué rincón de la República mexicana no se ha escuchado un grito de ira contra el Gobierno francés? Qué pueblo, por lejano que sea, no ha dirigido al ejército mexicano una mirada de simpatía y de gratitud, después que en los campos de Puebla supo quebrantar el orgullo de esos soldados del imperio que, preconizando sus ideas de libertad, de civilización, de grandeza y de generosidad, se creen con derecho para ultrajar á un pueblo libre, aunque desgraciado?

¿Cree acaso Mr. Wagner que habrá un digno hijo de esta patria, que no esté pronto á sacrificar su vida por la independencia? ¿No vé el perspicaz diplomático que el pueblo pide armas, que los soldados se impacientan en el campamento, que aun nuestros hermanos emigrados en la Alta-California se ofrecen á millares para venir á combatir por su país, que en las Repúblicas sud-americanas la juventud generosa no pide mas que trasportes para venir á derramar su sangre al pié de nuestras banderas, mientras que los ancianos compañeros de Bolívar y de San Martín organizan sociedades para dar el grito de alarma en todo el continente de Colon?

Pues qué, ¿piensa Mr. Wagner que se amenaza

impunemente la libertad de América que ha costado rios de sangre á sus valientes hijos? ¿Cree que se olvidan fácilmente tres siglos de esclavitud, de lágrimas y de miserias para poder hoy amar el antiguo yugo de la tiranía?

Quien así crea que el pueblo mexicano ha perdido la memoria de sus gloriosas tradiciones y de su antiguo odio á los déspotas, no abunda en discernimiento, no debe envanecerse de su prevision, no llegará á ser, sin duda, ni un Metternich, ni un Pitt, ni un Cavour, en toda su vida.

Pero ya se ve: existe en México, por desgracia, un pequeño círculo de traidores, lepra de todos los países invadidos, y este círculo es el que Mr. Wagner pretende hacer pasar en Europa, como el órgano de nuestra sociedad. ¡Qué horror!

En efecto, en la guerra actual, mientras que la nación entera se levanta indignada contra los invasores; solo permanecen impasibles y aun desean la monarquía, unos cuantos agiotistas extranjeros, como Jecker por realizar su ensueño desvergonzado: unos cuantos pretorianos famélicos, inútiles y cobardes á quienes la ira popular arrojó de los festines del clero, después de ser pisoteados: unos cuantos frailes impúdicos que esperan que la Francia les vuelva á ellos y á sus concubinas, las cosechas del fanatismo, para recomenzar las saturnales de los antiguos conventos: unos cuatro ó cinco *nobles* cuya casa solariega está en las tabernas, en los garitos y en las ladroneras; pero que piensan ser duques ó marqueses del imperio francés, y por último, un número mas grande, es verdad, de viejas parásitas del clero.

Este es el órgano del pueblo mexicano, segun Mr. Wagner, estas sabandijas son las que suspiran por un rey, estos son los únicos aliados que tendrán en

México esos soldados franceses, que peleando por la libertad en Italia, hallaron á su lado á Víctor Manuel y á José Garibaldi.

Esta es la parte sana que tanto ha impresionado á Mr. Billault por los informes de Mr. Wagner, y á la cual el generoso y elocuente Julio Favre ha calificado tan bien, relegándola al desprecio del mundo entero.

¡Oh Mr. Wagner! ¡Mr. Wagner! Haciéndoos el panegirista de semejantes reptiles, os estais perjudicando en vuestra buena reputacion!

Si el ministro de Prusia ha creído que Márquez, Vicario, Galvez y esos otros traidores que se han reunido á los franceses, son los órganos de la nacion mexicana, no solo seria poco cuerdo, sino que abordaria el ridículo. ¿Qué significa un puñado de asesinos y de truhanes asquerosos, que el pueblo mexicano arrojó de su seno y relegó á los bosques, que toda sociedad civilizada arrojaría tambien porque es una podredumbre insoportable? Vistos con horror por todas partes, perseguidos sin cesar hasta en sus guaridas, espantados del odio que provocaran sus crímenes, huyendo despavoridos siempre delante de los soldados del pueblo, sin esperanza de triunfo, sin otro porvenir que el del patíbulo ó el de los presidios, estos hombres, estos mónstruos se fueron á reunir á los franceses, como podrian haberse reunido á las fieras, por saciar su sed de sangre y de esterminio, por alentar su cobardía, por ayudar al extranjero á destrozar á su patria, único crimen que les faltaba, único placer infame que no habian saciado.

¡Vergüenza eterna á las banderas que les dan asilo!

¡Sí! que la Francia extraiga del suelo mexicano, ese fango inmundo para manchar sus pabellones.

Ella será quien tenga el trabajo difícil de lavarse de él, ella será quien sufra los menosprecios de los pueblos honrados.

Volvamos á Mr. Wagner.

En cuanto á las denuncias que ha hecho al Gobierno frances acerca de los nuevos crímenes cometidos por el gobierno mexicano, poco debe hablarse, no hay necesidad de decir á Mr. Wagner mas que estas palabras, que si es delicado escuchará: "*Enumerad esos hechos, probadlos, indicad siquiera cuáles son, ó mentís!*"

El sabe perfectamente que antes bien, estamos pecando de tolerantes, y que no hay pueblo alguno que estando en guerra con una nacion, cuyo gobierno ha procedido con deslealtad, cuyo ejército haya cometido hechos piráticos, enriquezca, mime y considere tanto á los hijos de ella, que pudo expulsar, usando de su derecho.

Quizás por esta tolerancia, aun no hemos puesto coto á las inconveniencias del mismo Mr. Wagner sobre el cual debe llamarse de nuevo la atencion del Supremo Gobierno.

No es discreto dejarle en la senda de Pacheco y de Saligny, pues este disimulo siempre nos ha acarreado males de consecuencia. En los dias de Zuloaga y de Miramon, Mr. Gabriac, Monseñor Clementi y el embajador español conspiraron abiertamente en favor de aquellos dos facciosos y contra la nacion entera que reconocia al gobierno legítimo de Veracruz. Vino éste á México, y el Sr. Ocampo, ministro entonces de relaciones exteriores, se mostró digno, dando sus pasaportes á los que así habian cambiado su carácter diplomático por el de revolucionarios en un pais que no era el suyo.

Porque es lo justo: cuando un ministro extranjero conspira de este modo, traslimitando el círculo

de sus derechos y prerogativas, y violando las leyes sagradas del Derecho de gentes; el gobierno á quien daña, está en su perfecto derecho de expulsarle de su territorio. Este es un axioma reconocido y confirmado por numerosos ejemplos históricos.

Dejarle contemplar en silencio su conducta, cuando ella consta de un modo cierto, es aprobar tácitamente sus calumnias y tener en poco la dignidad de la nacion.

De todas maneras y á pesar de los buenos deseos de Mr. Wagner, él puede estar seguro de que lejos de suspirar México por la monarquía y por la intervencion, sabrá defender su independencia, y de que no es improbable todavía que dé una leccion mas severa aún á los soldados del déspota francés, porque, aunque nuestras tropas no sean veteranas, aunque estén sujetas á las privaciones, aunque no sean iguales en antecedentes militares á las tropas francesas, defienden la libertad de su patria, y cuando esto sucede, los pueblos hacen milagros.

Que lo diga la Prusia que aun se avergüenza de Valmy.

México, Agosto 5 de 1862.

Ignacio Manuel Altamirano.

IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO

EL SALON EN 1879—1880

IMPRESIONES DE UN AFICIONADO

ARTÍCULOS PUBLICADOS EN EL DIARIO "LA LIBERTAD."

MÉXICO

IMPRENTA DE FRANCISCO DIAZ DE LEON

CALLE DE LERDO NUMERO 3.

1880